

MADRID BRUTAL

Antón Capitel

Madrid, como todas las metrópolis, son muchas ciudades superpuestas. Pero, entre todas ellas, de la que me gustaría hablar ahora es de la que más me impresionó desde niño: el Madrid brutal, acaso el más notorio y el más propio de los madrises posibles. (¿Madrid tiene plural? ¿Madrid se dice en masculino o en femenino?).

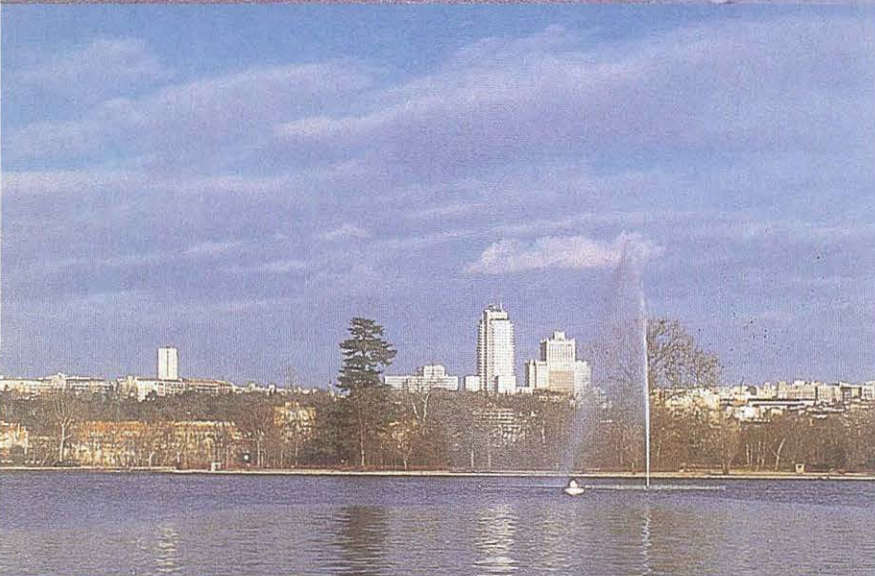
El caso es que me sigue impresionando (me gusta) el Madrid que está hecho a golpes de hacha, el que ha puesto un rascacielos de masa blanquecina y perfil algo vulgar (la "Torre de Madrid") como fondo de la perspectiva en escorzo del mejor Palacio de occidente. Me divierte que ese rascacielos, como una figura masculina, vaya acompañado de otro, como figura femenina -el "Edificio España"- formando una insólita pareja de "gigantes" -¿dónde están los cabezudos? : alguno veremos que hay -, y que entre ambos destrozaran, de forma definitiva, la cursilería de posguerra de lograr "un perfil herreriano" para la cornisa del Manzanares, que ingenua e inútilmente la nueva Almudena ha querido seguir todavía. Me hace reír, incluso, el ver como algunos edificios del paseo de Rosales pretendieron matar dos pájaros de un tiro, alargando su altura como cuello de cisne para convertirse en "rascaleches" y disimular luego con una cubierta herreriana.

Desde la Casa de Campo, remando en el "lago" - naturalmente, un falso lago: un estanque - Madrid es una bella metrópoli, de afortunada brutalidad casi neoyorquina, que superpone el arbolado de la falsa naturaleza (la Casa de Campo es un parque plantado) y el skyline urbano.

Me gusta el modo durísimo en que un edificio de mediocre perfil (el Ministerio del Aire de Gutiérrez Soto) clausura tajantemente la ciudad cerrada para dar lugar a la Universitaria, ciudad abierta de bestiales volúmenes que, anunciados por el esquemático y oblicuo Arco de Triunfo (de López Otero y Bravo), tienen en el Hospital Clínico y en la Facultad de Medicina sus gestos más amplios y poderosos, tajantes y absolutos, aunque no son los únicos. (Siza Vieira, desde el Ministerio, y en la época el concurso del Museo de la Defensa, observaba admirado y asombrado esta condición brutal de la ciudad). Me gusta (¿ni siquiera lograré escandalizar?) que la "Torre de Valencia" salga por detrás de la Puerta de Alcalá. Es lo mejor de esta obra, un buen edificio de Carvajal, injustamente tratado precisamente por esto (lo ven los académicos según entran y salen de San Fernando). A menudo imagino el borde del Retiro por la calle Menéndez y Pelayo con muchos rascacielos y no sólo con otro (la Torre del Retiro, de Gutiérrez Soto), para que imitara más, aunque fuera precariamente, la imagen del Central Park. Me gusta que el Museo del Prado -obra refinada donde las haya- esté enfrentado al edificio "brutal" mejor del mundo, la que fue Delegación Nacional de Sindicatos, hoy Ministerio de Sanidad, de Francisco Cabrero, el mejor edificio oficial del franquismo. Me divierte el antiguo Hospital General, hoy Museo Reina Sofía, por lo que tiene de tosco, de bestial, de indomable; "más feo que El Escorial", decía Oriol Bohigas. Me gusta como otro Hospital -éste bueno, el de la Princesa, de Manuel Martínez Chumillas- gira con poderosa y ajustada violencia solidificando el ángulo recto entre las calles de Diego de León y del Conde de Peñalver.

Me gusta la Gran Vía porque destruyó el miserable casco antiguo madrileño, antes de infecta continuidad, y abrió una calle comercial que es un puro escenario, compuesto por rascacielos de aire extranjero (la Telefónica -de Cárdenas-, norteamericano; el Capitol -de Feduchi y Eced-, alemán; el Edificio España -de los Otamendi-, soviético; el Palacio de la Prensa -de Muguruza-, inclasificable, quizá americano también). La Gran Vía no hizo cosa muy diferente de lo que la Plaza Mayor, con planta de Herrera, ya había hecho antes: destruir la miseria de la historia, del trazado espontáneo, "orgánico", e imponer la geometría. Como lo hizo en tono menor la calle del Barquillo, apertura celebrada tardíamente por el edificio de Palacios más brutal y atractivo, el del Banco Central en la esquina con Alcalá. Me gustan los Nuevos Ministerios, cuatrocientos metros de granito, que obligan a girar a la Castellana con extremada violencia iniciando una recta que parece infinita. Me gusta que este edificio brutal se prolongue en una brutalidad pseudoneoyorkina, compuesta por torres insolidarias, individuales, de Alas y Casariego (Windsor), de Sáenz de Oiza (BBVA), de Yamasaki (Picasso), de Miguel Oriol (Caja Madrid). Me gusta también como, desde Joaquín Costa, se ve salir al Banco de Bilbao de Oiza, como un gigante celoso, sobre el Gimnasio Maravillas de Alejandro de la Sota. (La escena se completa con la neobarroca iglesia de San Agustín, de Luis Moya, mirando con ojos asombrados -a los ángeles se les han erizado las alas- la superposición de las dos obras maestras de sus modernos y radicales sucesores).

Me gustan todas esas cosas, que, entre otras muchas, forman gran parte de la esencia que Madrid tiene como metrópoli. Pero no se preocupen; es sólo mi gusto. Son ustedes muy libres de odiarlas. O de lo que quieran, no faltaba más.



De arriba abajo y de izquierda a derecha: el Palacio Real con la Torre de Madrid al fondo, vista de Madrid desde el lago de la casa de Campo, edificio del Paseo del pintor Rosales, fachada del Ministerio del Aire, Hospital Clínico, la Puerta de Valencia al fondo, el Hospital de la Princesa, los Nuevos Ministerios, la Torre del BBVA sobre el gimnasio Maravillas, el Ministerio de Sanidad, y vista general de la zona de Aca.

Fotografías: Pablo Casares



